



**EL PASAJE DE LOS PANORAMAS**

# EN UN CAFÉ

## MARY LAVIN

EDICIÓN DE ELIZABETH WALSH PEAVOY

TRADUCCIÓN DE REGINA LÓPEZ MUÑOZ



errata naturae

*En memoria de Thomas y Nora Lavin*

PRIMERA EDICIÓN: febrero de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *In a Café.*

*Selected Stories*

© Literary Estate of Mary Lavin, 2017

© de la traducción, Regina Lopez Muñoz, 2018

La traductora de este libro se benefició de una beca de Literature Ireland

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

info@erratanaturae.com

www.erratanaturae.com

ISBN: 978-84-16544-67-7

DEPÓSITO LEGAL: M-336-2018

CÓDIGO BIC: FA

MAQUETACIÓN: A. S.

IMAGEN DE CUBIERTA: Hulton Archive / Getty Images

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial,  
siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

ÍNDICE

EN MEDIO DE LOS CAMPOS	9
UN PARECIDO FAMILIAR	31
LIMONADA	47
TOM	87
LAS VIGAS	111
UNA TAZA DE TÉ	121
UN ALMA MANSA	141
GUANTES DE GAMUZA	165
LA ESCAPADITA	185
EL CONVERSO	235
EN UN CAFÉ	253
UNA HISTORIA CON ESTRUCTURA	277
EL HIJO DE LA VIUDA	307
EL TESTAMENTO	323
EL PRINCIPITO	343
TRASTEVERE	395

EN MEDIO DE LOS CAMPOS

Igual que una roca en el mar, los campos la aislaban, la hierba densa lamía la casa y el ganado la vadeaba como si fuese agua. Hasta sus suaves movimientos eran objeto de melancolía cuando por las tardes avanzaban en dirección al refugio del bosque. Un día de lluvia podía caer un rayo en un henil al otro lado del río, ¡ni siquiera una vivienda! Y, sin embargo, en Meath lo añoraba menos que en cualquier otra parte. Ansiedad y preocupaciones de día, y de noche vagos miedos sin nombre, las piedras que obstaculizaban la entrada a la tumba. Pero ¿quién iba a entenderlo? La gente pensaba que se aferraba a todos y cada uno de los recuerdos suyos que conservaba. ¿Qué sabían ellos de recuerdos? ¿Qué era el recuerdo sino otro nombre para un amor estéril y un yermo anhelo? Incluso trataban de descargar en ella sus propios recuerdos, insignificantes e inútiles. «Es como si lo viera cada vez que miro hacia aquí», le decían al marcharse, lanzando una mirada nerviosa a los campos en penumbra. «Me parece que está a punto de salir de entre los árboles». ¡Por el amor de Dios!, pensaba ella. ¡Por un momento me había olvidado de él!

Cuando *ella* miraba los campos no lo veía a él. Veía los espantosos copetes de hilachos y grama que blanqueaban las puntas de la hierba y le conferían el aspecto del mar durante

una tormenta, espolvoreado de espuma deshecha. Habría que podarla. ¿Cuánto costaría?

Al menos Ned, el viejo vaquero, conocía a la persona que podría hacerlo.

—Bartley Crossen es su hombre, señora. Su marido lo conocía muy bien.

Al principio no lo ubicaba. Pero luego lo recordó.

—Ah, sí... Aquel henil que se ve allá es de él, ¿no? ¡Claro, claro! Yo también lo conozco muy bien... de vista, digo.

Y era verdad: salpicando al pasar por la carretera en un coche grandote y embarrado, con las ruedas siempre cubiertas de tierra y la mujer en el asiento del copiloto, a su lado.

—Le diré que se pase por aquí a hablar con usted, señora —resolvió el vaquero.

—¡Antes de que anochezca! —le advirtió ella.

Aunque la advertencia estaba de más. El anciano sabía que ella trataba de estar en la planta de arriba antes de que cayera la noche y se encerraba en su cuarto, que comunicaba con el dormitorio de los niños; allí, rezaba con fervor para no tener que volver a bajar para nada, muy especialmente para abrir la puerta. Aquello era lo que más temía: que llamaran a la puerta siendo ya de noche.

—Claro, claro, señora. ¿Quién iba a venir por aquí sabiendo que es usted una mujer sola con niños pequeños que podrían despertarse y echarse a llorar? Es más, ¿dónde iba a estar usted más segura que en medio de los campos, con sus inocentes criaturitas dormidas a su lado?

Si él mismo necesitaba ir a la casa a altas horas de la noche, por el motivo que fuera —coger agua caliente para lavarle la pata a un animal, o llamar al veterinario—, prestaba especial atención a dar un grito mucho antes de llegar a la fachada.

«¡Soy yo, señora!», gritaba. «¡Ya voy, ya voy!», replicaba ella, agradecida, tan veloz como un eco. Desatrancaba la puerta, bajaba y abría de par en par. ¡Fuera la hora que fuera! ¡Por muy negra que fuese la noche! «Vuélvase a la cama, señora», le decía él desde la oscuridad, donde ella distinguía la lamparilla en movimiento, cada vez más cerca, igual que la luz de un barquito aproximándose a un muelle. «Yo apago las luces y cierro cuando me vaya». Relajada ante la idea de que hubiera alguien en la casa, efectivamente volvía a la cama, y no sólo eso, sino que además ya estaba casi del todo dormida cuando oía la puerta cerrarse. La oía como si se encontrara a miles de kilómetros.

No tenía por qué preocuparse. Ned se encargaría de que el tal Crossen llegara antes.

Todavía no era de noche cuando Crossen aparcó junto a la puerta de la casa. Lo acompañaba su mujer, como de costumbre, sentada en el asiento del copiloto, en la misma postura que quienes ocupaban el hueco de las carretas hace mucho tiempo, con las rodillas muy juntas, sin concederse ni un ápice de relajación. El vaquero iba con ellos, pero sólo se apearon Crossen y él.

—¿No prefiere su mujer esperar dentro, señor Crossen? —preguntó ella.

—No, en absoluto, señora. Le gusta estar en el coche. Bueno, ¿dónde está lo que necesita que le siegue? ¿Hay piedras que puedan echarme a perder la cuchilla? —Rodeando la casa, echó un vistazo al terreno.

—No hay ni piedras ni tocones —intervino Ned—. ¡Vas a hacerlo todo de una sola pasada, no como en cualquier otro sitio, que tendrías que afilar las cuchillas veinte veces!

—Ya veo, ya —respondió Bartley Crossen, un tanto ausente, le pareció a ella.

Había cruzado el césped hasta llegar a la desvencijada cancela de madera que daba al pastizal, y se apoyó en ella. No obstante, no parecía estar contemplando los campos, sino la pequeña ristra de raquíuticos espinos que crecía por toda la ribera, con las ramas tan inclinadas sobre las aguas que las raíces quedaban casi del todo al descubierto.

De repente, dio media vuelta y suspiró.

—Naturalmente, no necesito verlo. ¡Lo conozco de sobra! —Al ver que ella se mostraba sorprendida, Crossen soltó una risa, casi juvenil—. Ahí cortejé yo a una muchacha, de chaval. ¡Hace ya muchísimo tiempo de aquello, se lo digo yo! —Se volvió hacia el anciano—: Usted lo mismo se acuerda... —Y la miró a ella de nuevo—. Usted ni habría nacido por aquel entonces, señora —dijo, y tanto su mirada como sus palabras transmitían cierta simpatía—. Supongo que querrá que se lo siegue pronto, ¿no? ¿Le parece bien mañana a primera hora?

A ella se le iluminó el semblante. Pero aún tenían que acordar el precio.

—No será tan caro como segar un prado, ¿verdad?

—Ah, le haré precio, señora. Se lo prometo.

—Muy amable —respondió, con cierta reticencia.

Detrás de Crossen, Ned asintió, dando su aprobación.

—No se apure, señora —le susurró mientras regresaban al coche—. Es de fiar.

Y cuando Crossen y su mujer se habían marchado, volvió a tranquilizarla.

—Es un hombre respetable. —En ese momento soltó una carcajada, que también sonó juvenil para una persona de su edad; como un empujoncito—. ¿Ha oído lo que ha dicho? Lo

de la muchacha que cortejó. ¿Sabe quién era? ¡Su primera esposa! ¿Sabía que está casado en segundas nupcias? Bueno, fue hace tanto tiempo que no me extraña que no lo supiera. Fíjese en cómo él mismo habla de ella, como si fuera una muchacha cualquiera de la que ya se ha olvidado. ¡Los espinos se la han recordado! Allí era donde se veían, de muy jovencitos, cuando empezaron a salir.

»Pobre Bridie Logan. Salvaje como una liebre. Y locamente enamorada, ¡con lo joven que era! Ya se hablaban cuando los dos estaban todavía en la escuela. Sólo que nadie lo tomaba en serio (puede que él menos que nadie), hasta el invierno en que Crossen se fue a estudiar a la facultad de agrónomos de Clonkilty. Ella empezó a escribirle. Yo la veía correr hacia el buzón del cruce todas las tardes. Y el pueblo entero sabía a quién iban dirigidas las cartas. A la familia de él se la llevaban los demonios cuando en verano llegó diciendo que no pensaba volver, y que iba a casarse con Bridie. Aun así, su padre los instaló en una casita en sus terrenos. La que ahora se usa como establo, detrás de la casa nueva. ¡Pero, en fin, ahora no se puede juzgar tal y como era entonces! Por muy atolondrada que fuera Bridie, más alocada que una vaquilla, tendría usted que haber visto cómo tenía la casa. La habría desgastado de tanto fregotearla de arriba abajo si no se hubiera quedado en estado. ¡En cuanto Crossen se enteró de que estaba embarazada le prohibió coger la fregona!

—¿Estaba delicada de salud?

—¿Bridie? ¡Bridie era más robusta que una potrilla! Pero ya le he dicho que estaba loquita por él, ¿no? Bueno, pues después de casarse no mejoró la cosa; al revés, se diría que fue a peor. ¡Todo le parecía poco para él! Era como si le hubieran dado unas fiebres. Sólo había que mirarla a los ojos para darse

cuenta. ¿Sabe? Desde entonces, hasta hoy, no creo que haya conocido a otra mujer tan activa como ella. ¿Alguna vez ha visto usted a los pajarillos revoloteando por el cielo, como si estuviesen haciendo travesuras? ¿Y ha visto esas volteretas que dan por el aire, como si se obligaran a subir todavía un poco más, más de lo que deberían? Pues así es como actuaba Bridie cuando correteaba alrededor de la casa haciendo esto y aquello para que él estuviera cada vez más orgulloso de ella. ¡Como si pudiera estar más orgulloso todavía, y ella con la tripa, que ya se le notaba!

—¿Murió de parto?

—No. No de parto propiamente dicho. Tuvo al bebé sin problemas, y en su propia casa, además, que a él sólo le costó unos pocos chelines mandar venir a una de aquellas mujeres que se encargaban de esas cosas antiguamente. Y todo salió a pedir de boca. Enseguida se recuperó. ¡Yo estaba allí la primera mañana que se quedó sola en la casa! Ya estaba levantada y vestida cuando yo llegué; él se disponía a ir a ordeñar.

»“Qué ganas tenía de salir”, dijo, respirando hondo el aire de la mañana desde la puerta, y sin quitarle ojo a él. “¡Espera, que te acompaño!”, se le ocurrió de pronto. Y a continuación echó un vistazo al bebé, que dormía en la cunita, junto a la ventana.

»“¡Está muy lejos para ti, Bridie!”, le contestó él. Las vacas estaban al final de la parcelita que había al lado del río; usted sabe cuál es, la que va en paralelo a la carretera, al pie de la colina, a este lado del pueblo. Y, como Crossen sabía que ella trataría de convencerlo, siguió andando, con las lecheras en la mano.

»“¡Como tiene que ser!”, pensé yo. Pero, cuando me quise dar cuenta, ella ya había echado a correr por el patio.

»“¡Pues si está muy lejos para ir andando, cojo la bici!”, dijo. Y se montó en la vieja bicicleta, y dejó atrás la cancela a golpe de pedal.

»“¿Tú estás mal de la cabeza, Bridie?”, le gritó cuando pasó por su lado como una bala.

»“¡Bah! ¿Qué me va a pasar?”, le gritó ella.

»Yo me puse rígido de terror sólo de verla. Y pensé que él también, cuando soltó las lecheras y echó a correr colina abajo tras ella. Pero, visto ahora, me parece que fue como si ella le hubiera contagiado aquella fiebre suya. Locos de amor estaban los dos... Ella sólo quería contagiárselo a él, ¡y él, encantado de la vida!

»“¡Espérame!”, le gritó, pero antes de llegar abajo ella empezó a frenar, apoyando el pie en el suelo, como hace la chiquillería, levantando tal nube de polvo que casi ni la veíamos.

—¡Frenó con demasiado ímpetu!

—¡Qué va! En un abrir y cerrar de ojos paró la bici, se bajó, la giró y echó a pedalear otra vez como una loca, colina arriba, con la cabeza pegada al manillar, como un ciclista de carreras. ¡En qué mala hora!

—¡Ay, no! ¿Qué pasó?

—Dejó de pedalear de pronto, la bici se quedó quieta un segundo y entonces se fue cuesta abajo, como si resbalara con la grava del arcén. Es lo que yo creo que pasó, y él también, supongo, porque los dos echamos a correr hacia ella. Acababa de caerse cuando la recogimos. Pero de nada sirvió. Le dio una especie de hemorragia interna. La metimos en la cama y los vecinos llegaron corriendo, pero antes de la noche ya había muerto.

—¡Pero qué desgracia! ¿Y el bebé?